

¿Por qué nos preocupamos por el medio ambiente y por qué esa preocupación es tan frágil?

Ernest Garcia
Dpto. Sociología y Antropología Social
Universitat de València

Las encuestas sobre opiniones y actitudes acerca del medio ambiente han producido principalmente tres tipos de resultados. En primer lugar, han constatado la existencia de un consenso ambientalista en las sociedades actuales; han mostrado que -en ellas- la protección del medio ambiente se ha configurado como un valor, como algo positivo y deseable. En segundo lugar, han sido un instrumento adecuado para explorar las fuentes del mencionado consenso, para el intento de comprender por qué se ha extendido la preocupación por el impacto de las actividades humanas sobre la naturaleza. Finalmente, han ayudado a explicar la escasa incidencia práctica de esa extendida preocupación, la aparente distancia que, en esta materia, hay entre las palabras y los hechos. Los ecobarómetros, sondeos reiterados con mayor o menor frecuencia y más o menos coherentes entre sí, permiten evaluar la marcha de las cosas en esos tres ámbitos, registrando los matices y altibajos en su evolución.

En otro lugar he tratado estas cuestiones de forma más extensa y detallada (García 2004a:273-321). Aquí expondré brevemente mi punto de vista acerca de las mismas y, para concluir, plantearé algunas dudas respecto a la adecuación entre estos instrumentos de investigación de la opinión pública (tal como los hemos construido en las últimas tres décadas) y las características actuales de la relación sociedad-medio ambiente.

Sí, parece que el medio ambiente nos preocupa

La protección del medio ambiente se ha configurado socialmente como un valor, como algo positivo y deseable. De una forma consistente, los sondeos registran desde hace tiempo que la gente se muestra a favor de la conservación de la naturaleza, que considera que el deterioro de la misma es un problema grave y que piensa que alguien debería hacer algo al respecto con urgencia. Ese alguien son sobre todo quienes saben y pueden, los expertos y los gobiernos: aunque se tiende a aceptar una responsabilidad difusa en la que los culpables somos todos, se tiende asimismo a decir que la capacidad de actuar eficazmente está en pocas manos (que casi siempre son las manos de otros, con más conocimientos y/o con más poder).

En consecuencia, la protección del medio ambiente viene apareciendo como uno de los objetivos que las políticas públicas deben perseguir. En la escala de prioridades, la calidad ambiental y la sostenibilidad aparecen subordinadas a otros objetivos que conciernen a aspectos fundamentales de la seguridad y del desarrollo y el equilibrio económicos. O'Riordan (1976:20) ya detectó ese patrón de prioridades en los años setenta del pasado siglo y, matices a parte, se ha mantenido inalterado hasta hoy.

Los estudios sociológicos han aportado y continúan aportando mucha información acerca de tres dimensiones de la percepción social de los problemas medioambientales. En primer lugar, la "preocupación", un rasgo que corresponde sobre todo al ámbito de las creencias: si la cuestión ecológica se considera o no grave y urgente, qué manifestaciones concretas de ella son objeto preferente de tal consideración, etc. En segundo lugar, la "disposición a actuar", referida a las actitudes, a las declaraciones positivas o negativas respecto a determinados comportamientos. En tercer lugar, el "significado", construido a través de la imbricación de la protección del medio ambiente con otros valores, de su presencia en la visión del mundo y del futuro, etc.

En tanto que algo a valorar positivamente, la protección del medio ambiente aparece muy consensual. Numerosos trabajos han analizado la relación entre las opiniones y actitudes al respecto y diversas variables relevantes en la estructuración de la sociedad: edad, sexo, nivel de instrucción, posición socioprofesional, hábitat residencial, opción política, etc. De esa manera se han podido examinar muchos detalles y se han alimentado algunos debates prolongados. A menudo, esos debates han explorado los entresijos de una idea que se formó hace ya mucho tiempo y que se ha mostrado notablemente resistente: esa idea conecta las opiniones proambientalistas con las llamadas "nuevas clases medias", insistiendo en que tales opiniones son propias de personas relativamente jóvenes, urbanas y consumidoras de mucha instrucción escolar. Hay estudios de opinión que apuntan en esa dirección y otros que la contradicen (y los estudios sobre estilos de vida, hábitos de consumo y otros ámbitos del comportamiento la contradicen muy claramente). El debate ha permitido perfilar muchos matices interesantes pero lo esencial, a mi juicio, es que se trata sobre todo de eso, de matices. Es decir, la conclusión más clara, si se considera el conjunto de la investigación realizada, es que el consenso ambientalista es transversal, que está presente de una forma muy similar, básicamente homogénea, en todos los grupos sociales que pueden definirse según las mencionadas variables (jóvenes y adultos, mujeres y hombres, gentes con estudios o sin ellos, clases medias o clases trabajadoras, derechas o izquierdas...).

La transversalidad está relacionada con el hecho de que las instituciones, los grupos sociales e

incluso las mentes individuales, como a menudo señaló Bahro (1984), resultan internamente escindidos por los conflictos ecológico-sociales. Toda la investigación empírica que he examinado a lo largo de más de veinte años (incluida la que he realizado personalmente) apunta en la misma dirección: no hay datos contundentes para asociar el ecologismo con una edad, una clase social, un lugar en la división del trabajo o una determinada opción en el arco de la política tradicional. Es cierto que la afirmación anterior choca con algunos tópicos que se han mostrado muy resistentes, pero quizás ha llegado ya la hora de dejarlos de lado definitivamente.

Consideremos, por ejemplo, la referencia al ecologismo como una ideología específicamente (o, al menos, preponderantemente) juvenil. Comencé a escuchar que el ecologismo es cosa de jóvenes en la primera mitad de los setenta y he visto el tópico repetido año tras año, enunciado en ocasiones como algo obvio; incluso hoy, cuando quienes iniciaron el movimiento y fueron los primeros objetos del cliché han superado sobradamente la cincuentena. El hecho es que la evidencia empírica no muestra mucho de específicamente generacional en la actual sensibilidad social hacia la crisis ecológica. La percepción de los problemas del medio ambiente como serios y preocupantes está difundida, de un modo bastante regular, entre todos los grupos de edad (en especial si se consideran sólo los que llegaron a la mayoría de edad después de 1960).

Numerosos estudios -por referirme sólo a otro de los puntos debatidos- han registrado una relación estadísticamente significativa entre el nivel de estudios y las opiniones favorables a la protección del medio ambiente. Esto parece lógico habida cuenta de que, en muchas ocasiones, la comprensión de los problemas ecológicos depende del acceso a información relativamente sofisticada. Sin embargo, hay que señalar que tampoco el nivel de estudios implica diferencias sustanciales, radicales, en cuanto al grado de preocupación por los problemas medioambientales. A menudo, las respuestas en los sondeos se distribuyen con una estructura similar para todos los niveles de estudios, y la norma es invariante. En muchas ocasiones, resulta difícil decidir si los matices registrados expresan algo más que el hecho de que quien ha pasado mucho tiempo en un aula sabe mejor qué es lo que debe decir.

Resumiendo, pues: parece que sí, que el medio ambiente nos preocupa, que hace tiempo que ha dejado de ser materia casi exclusiva de grupos minoritarios especialmente motivados y se ha convertido (García Ferrando 1991:176) en un problema de importancia general.

¿Por qué nos preocupa el medio ambiente?

La preocupación por el medio ambiente parece ser una novedad, un rasgo cultural característico de la última fase de la civilización industrial, el resultado de un cambio reciente en el listado de valores al que consideramos adecuado adherirnos. Se ha suscitado así la pregunta por las causas o fuentes de dicho cambio, por las razones que nos han llevado a sentir y expresar esa preocupación. Los estudios de opinión en general (y los ecobarómetros en particular) han aportado información relevante para dilucidar las virtudes y defectos de los distintos intentos de dar respuesta a esa pregunta. Hay muchas teorizaciones al respecto y muchos puntos abiertos al debate y pendientes de clarificación. Creo que todas esas teorizaciones pueden considerarse variantes de tres respuestas básicas, según las cuales nos preocupamos por el medio ambiente

- porque somos sabios, o
- porque somos ricos, o
- porque somos víctimas.

La primera de esas respuestas o intentos de explicación: sabemos o hemos llegado a saber más de lo que sabíamos acerca del delicado estado del medio ambiente y eso hace que nuestra preocupación vaya en aumento. La producción y difusión de conocimiento científico, y el especial papel en el mismo de la ecología, hace que cada día más gente sea consciente del elevado impacto humano sobre los sistemas naturales del planeta y de la necesidad de hacer algo para controlarlo y reducirlo. En palabras de representantes bien conocidos de este punto de vista: "...sospechamos que la incesante aparición de nueva evidencia científica acerca de los impactos deletéreos de las actividades humanas en la calidad medioambiental y las subsiguientes amenazas para el bienestar de los seres humanos (y de otras especies) generarán una presión continuada hacia la adopción de una visión del mundo más ecológica" (Dunlap et al. 2000:439). El sociólogo estadounidense Riley Dunlap ha trabajado en esta línea durante más de dos décadas, y la ha elaborado académicamente en una serie de escritos sobre el "nuevo paradigma ecológico". En ellos se mantiene que la visión del mundo característica de la era industrial, basada en la creencia en la excepcionalidad humana, es decir, en la capacidad humana para separarse de la naturaleza y dominarla, está siendo desplazada por una nueva visión fundamental o paradigma, cuyos principios básicos son la aceptación de la finitud del planeta y de la interconexión entre los seres humanos y el resto de los seres vivos. Es a esa nueva visión a la que, adaptando un tanto libremente el concepto kuhniano, ha llamado nuevo paradigma ecológico. Y, en un desarrollo técnico de la idea, ha elaborado una escala para medir la presencia en la sociedad de las dos visiones del mundo o paradigmas fundamentales. La escala del nuevo paradigma ecológico ha sido aplicada en numerosos estudios en diferentes sociedades, detectando a menudo una marcada orientación proambientalista del público. Según Dunlap y sus seguidores, este rasgo de la opinión se explica como un efecto de la difusión de información científica sobre el estado de los

ecosistemas, de modo que el nuevo paradigma ecológico sería, por así decir, una versión popular de la ecología como ciencia. Vamos sabiendo más y, en la misma medida, nuestra preocupación aumenta.

De acuerdo con otro punto de vista, también bastante difundido, la preocupación por el medio ambiente forma parte del creciente interés por una mejor calidad de vida: la gente comenzaría a interesarse por la conservación de su entorno al percibir como seguro y consolidado el bienestar material. Desde esta perspectiva, la difusión de ideas y valores ambientalistas sería un efecto más o menos automático del progreso económico. Es frecuente, por ejemplo, escuchar frases como ésta: "nos preocuparemos más por el medio ambiente cuando estemos tan desarrollados como en el norte de Europa". Esta visión informal del ecologismo como algo propio de los ricos tiene numerosas expresiones académicas. La más conocida e influyente de ellas, seguramente, es la conocida como postmaterialismo: "la satisfacción de las necesidades fisiológicas lleva a poner un mayor énfasis sobre las metas no fisiológicas o postmaterialistas" (Inglehart 1991:140). Entre las necesidades y valores postmaterialistas, Inglehart ha incluido la preocupación por el patrimonio histórico, la importancia de las ideas y de la libertad de expresión, la aspiración a una sociedad menos impersonal, el deseo de participación en el trabajo y en la política o la opinión relativamente favorable al feminismo y al pacifismo. Este conjunto de valores "postmaterialistas", orientados sobre todo hacia la autorrealización y la calidad de vida, colisionaría con la posición de los sectores sociales que atribuyen prioridad a las necesidades y valores "materialistas", como pueden ser un ejército y una policía fuertes o el crecimiento económico. Inglehart y sus colaboradores han reunido un gran volumen de datos empíricos que revelan la presencia de opiniones postmaterialistas en diferentes países y su incremento a impulsos del relevo generacional, a medida que quienes ya han crecido en un contexto de bienestar material aparentemente consolidado van constituyendo una parte mayor de la población total. En este marco, la preocupación por el medio ambiente -entendida sobre todo como interés por la calidad ambiental local- sería dependiente, al menos en parte, de la difusión de valores postmaterialistas, como una expresión más de los mismos. El origen de la opinión favorable al ecologismo, entonces, no habría de buscarse sobre todo en la difusión de informaciones científicas, sino en las posibilidades abiertas por las condiciones de vida en las sociedades postindustriales, combinadas con la experiencia del deterioro en la calidad de los entornos naturales más próximos (Inglehart 1995).

Los dos enfoques anteriormente comentados coinciden en una cosa: su camino va del mundo de las creencias y los valores al mundo de los hechos. Ambos consideran que ciertos acontecimientos culturales (la difusión de informes científicos, la aparición de nuevos valores) son la causa que, a través de mediaciones más o menos complejas, lleva a la difusión

en la sociedad de comportamientos coherentes con ellos. Un tercer enfoque plantea las cosas más bien al contrario: las condiciones en que se desenvuelve la vida de la gente provocan acciones, comportamientos, que terminan conectándose con determinadas ideas o valores. En el ámbito que nos ocupa, la población que sufre los efectos de la degradación del medio ambiente es cada vez más numerosa y los impactos negativos son más frecuentes. Las manifestaciones del fenómeno son diversas. Una comunidad que aprovecha los productos de un bosque para su subsistencia puede oponerse a formas de desarrollo económico que comportan la destrucción de ese bosque. Los vecinos de un barrio o un pueblo que tienen cerca una instalación contaminante se ven impulsados a movilizarse para denunciar los posibles efectos perniciosos de la misma. Los riesgos derivados de distintos desarrollos tecnológicos afectan a numerosas esferas de la vida cotidiana. La urbanización destruye sistemas naturales o tierras agrícolas implicando pérdidas para las comunidades que tenían acceso libre a los servicios proporcionados por esos espacios. Etc., etc. Situaciones así provocan acciones y movimientos sociales, que pueden producirse (como de hecho ha ocurrido en múltiples ocasiones históricas) sin que su lenguaje sea explícitamente ecologista. En la actualidad, es probable que las poblaciones afectadas tiendan a incorporar creencias y valores ecologistas o próximos al ecologismo. En una palabra: nos preocupamos por el medio ambiente porque somos víctimas, porque sufrimos los efectos de su degradación (una experiencia que tiende a ser común y frecuente, que tiende a afectar cada día a más gente y a manifestarse en episodios cada vez menos separados entre sí en el tiempo). La mayoría de las elaboraciones académicas de este punto de vista tienden a ser muy sensibles a la desigual distribución social del acceso a los recursos y de la vulnerabilidad ante los riesgos. Ciertos grupos sociales son, por decirlo así, más víctimas que otros, lo que les lleva a recorrer con mayor rapidez e intensidad el camino que lleva de la experiencia vivida a la formación de valores proambientalistas. Este tipo de consideraciones son visibles, por ejemplo, en el movimiento norteamericano de justicia ambiental (Bullard 1994) o en lo que se ha llamado “ecologismo espontáneo de los pobres” (Martínez Alier 1994).

El debate entre los diferentes enfoques hasta aquí resumidos ha producido resultados interesantes. Dunlap y Mertig (1996), por ejemplo, constataron que, en muchas sociedades del Tercer Mundo, la preocupación expresada por el medio ambiente es igual o superior a la registrada en los países más desarrollados. Y señalaron que eso constituye una seria objeción a la hipótesis de que los valores postmaterialistas son la causa de dicha preocupación, dado que la presencia de los mismos suele ser superior en las sociedades más ricas. Inglehart (1995), reconociendo que no hay correlación entre el grado de desarrollo económico y la preocupación expresada por el medio ambiente, ha revisado la que podría denominarse hipótesis postmaterialista pura, sosteniendo que dicha preocupación no depende sólo de los valores de la población, sino también de la gravedad objetiva del deterioro del aire en las

ciudades y de la contaminación del agua dulce.

Parece difícil, en definitiva, localizar el nacimiento de la conciencia ecológica en una sola fuente, atribuirle un único origen. Se trata de un rasgo cultural de considerable complejidad. En algunas de sus manifestaciones, puede conectarse con posibilidades abiertas por las relativamente confortables condiciones de vida en las sociedades industriales maduras (como ocurre en la actualidad en diversos segmentos de consumidores de productos “verdes”). En muchas otras ocasiones, surge de la resistencia de comunidades (en muchos casos del Sur, pero también del Norte) a la expropiación -en nombre del “progreso”- de recursos naturales vitales para su subsistencia: hay muchos nexos de unión entre quienes han llegado a la conciencia ecologista luchando contra las grandes presas del Narmada en la India o contra las agresiones de REPSOL a la selva boliviana y a sus habitantes (Gavaldà 1999) y quienes lo han hecho oponiéndose a la destrucción de la huerta de La Punta, en Valencia, para hacer sitio para nuevos y gigantescos almacenes portuarios (AA.VV. 1999). No cabe duda de que la difusión de informes científicos y documentales televisivos ha despertado muchas conciencias y es claro, también, que las ideas proambientalistas están asociadas con la aparición de formas particulares de espiritualidad. A veces, los peligros tecnológicos -la radiactividad de Chernobil, por ejemplo- no hacen distinciones en cuanto a la posición social; en otras ocasiones -como ocurre a menudo en las decisiones sobre dónde emplazar instalaciones contaminantes- los impactos indeseables se concentran en los grupos más desfavorecidos por razones de clase, etnia o localización geográfica. Esta pluralidad de factores causales heterogéneos explica bastantes cosas acerca de la preocupación por el medio ambiente en las sociedades contemporáneas: su carácter consensual, su transversalidad social, su activación a menudo diferencial... Los estudios de opinión, por su parte, han permitido conocer mejor varios de esos rasgos y matizar las explicaciones sociológicas de los mismos.

Y si nos preocupa el medio ambiente... ¿por qué no hacemos casi nada para protegerlo?

Los estudios sobre valores, opiniones y actitudes acerca del medio ambiente han hecho muy visible la disociación entre las palabras y los hechos en este ámbito. En todo el mundo, la opinión proambientalista parece ir muy por delante de la práctica consecuente. En el intento de comprender por qué esto es así, se han formulado esquemas interesantes tanto desde la psicología social como desde la sociología y la crítica de la cultura.

La disociación entre lo que se dice que se debería hacer y lo que realmente se hace no es un fenómeno peculiar o extraordinario; más bien es bastante normal. Valores, creencias, normas

y comportamientos son categorías diferentes y, hasta cierto punto, cada una de ellas tiene su propia lógica. Esto ha sido tenido en cuenta en diferentes modelos psicosociales, entre los que merece ser destacado el propuesto por Stern y otros (1999): la aplicación al ecologismo de un modelo valor/creencia/norma permite detallar los eslabones de la larga cadena que – ocasionalmente, siempre que la cadena no se rompa– une los valores de la gente con sus actos. En síntesis, el argumento es como sigue: a) las orientaciones básicas de valor –altruista, egoísta, tradicional, abierta al cambio– influyen de forma diferente en la construcción de normas personales que inciden directamente en los comportamientos; el altruismo favorece más los comportamientos ecológicamente responsables que las otras orientaciones de valor; b) las creencias básicas del nuevo paradigma ecológico filtran las orientaciones de valor y las focalizan hacia normas y comportamientos coherentes con ellas; en especial, favorecen que las consecuencias del deterioro medioambiental sean percibidas como graves; c) a medida que la gravedad percibida del problema aumenta, es más probable que se asuma la responsabilidad de hacer algo; d) puede formarse así una norma personal (un sentimiento de obligación que impulsa al individuo a actuar en una dirección determinada, enfrentándose a la norma social establecida que apunta en sentido contrario); e) esas normas personales son la influencia más directa sobre comportamientos de ciudadanía proecologista (firmar escritos, aportar dinero...), de apoyo político (aceptación de ecotasas, etc.) o de consumo de productos verdes. La existencia de varias mediaciones en el tránsito de los valores a los actos ayuda a entender que la cadena que une ambos extremos se rompa con facilidad por uno u otro de sus eslabones. La coherencia entre valores y comportamientos será más frecuente sólo entre aquellos individuos que aceptan los valores básicos del movimiento ecologista, que creen que los componentes naturales o sociales que encarnan esos valores están amenazados, que creen que sus propias acciones pueden ayudar a conservarlos y restaurarlos y que tienden a experimentar la obligación de actuar de alguna manera, dependiendo de sus propias capacidades y limitaciones.

El enfoque sociológico (como crítica de la cultura y como análisis de las instituciones) permite comprender por qué se frustra tan a menudo la compleja transición entre los valores y los actos definida por modelos psicosociales como el arriba resumido y por sus posteriores desarrollos (Stern 2000; 2004). A continuación se formulan algunas observaciones al respecto.

Tendemos a descontar la gravedad presente de un problema en base a distintos factores: la lejanía temporal y la distancia geográfica, el grado de incertidumbre, la proximidad emocional a las personas afectadas, la mayor o menor facilidad para percibir sus efectos a través de los sentidos. Así, descontar un acontecimiento es minimizarlo respecto a la gravedad (o devaluarlo respecto al valor) que tendría si ocurriera aquí, ahora, con absoluta

seguridad, si me afectara a mí o a mis seres queridos, si lo percibiera con todos mis sentidos (Hannon 1987). De hecho, la visión socialmente dominante de la crisis ecológica se está construyendo a través de un conflicto ideológico intenso, librado con informes científicos y reportajes televisivos, con opciones de redacción de las noticias y con debates filosóficos sobre el significado de palabras como certeza o precaución. En ese conflicto, suelen ser más poderosas las fuerzas que imponen un perfil relativamente bajo a la degradación del medio ambiente (como algo futuro, incierto, que afecta sobre todo a otros, a gentes desconocidas y ajenas, que no es perceptible de forma inmediata). Si leemos bajo este prisma el debate en torno al Protocolo de Kioto, por ejemplo, se ve con facilidad que quienes se oponen al mismo presentan el cambio climático como algo que se percibirá dentro de varias décadas, que sólo sería realmente catastrófico para algunos islotes del Pacífico, que no está científicamente probado, que no nos afectará a nosotros ni a quienes nos son muy próximos... Por el contrario, sus partidarios insisten en que las temperaturas medias *ya* han subido en el siglo XX y los glaciares de los Alpes tienen *ya* la mitad de la masa que tenían cien años atrás, difunden a menudo informes sobre impactos regionales y locales, insisten en el consenso científico existente y en los miles de expertos implicados en el IPCC...

Los seres humanos se mueven a menudo en contextos de valor contradictorios, persiguen fines que son incompatibles entre sí. Esto es algo claramente perceptible en muchas de las cuestiones medioambientalmente relevantes. Las gentes están hoy sometidas a un doble vínculo, a dos mandamientos contradictorios que no pueden ser obedecidos simultáneamente. Uno de ellos dice más o menos lo siguiente: “no te preocupes de los daños a la naturaleza porque de lo contrario te amenazan el paro y la miseria”. El otro reza así: “protege la naturaleza porque si no lo haces te amenazan la catástrofe y la extinción”. Que en tal situación aparezcan valores contradictorios, comportamientos erráticos, miedos, parálisis e incapacidad para formas de acción que comporten un cambio es cualquier cosa menos sorprendente.

Existe también un conflicto notable entre fines y medios. La protección del medio ambiente plantea a las sociedades contemporáneas un dilema de concreción: se considera deseable un determinado objetivo pero ninguno de los medios para conseguirlo resulta aceptable. Proteger el medio ambiente requiere una combinación razonable de tres líneas de actuación: reducir la población, restringir el consumo y optar por tecnologías más benignas y ecoeficientes. Y ninguna de esas líneas resulta realmente atractiva. Mucha gente tiende a pensar que el control demográfico está bien para otros países (sobre todo si son pobres); con idéntica facilidad se opina que el nuestro, en cambio, tendrá un problema con el sistema de pensiones si la natalidad continúa baja y la población sigue “envejeciendo”. Casi todo el mundo encuentra palabras para denostar los excesos consumistas, pero una reducción del consumo en términos

absolutos sería vista como una catástrofe en economías que descansan en el crecimiento. Una tecnología más ecoeficiente está muy bien siempre que no reduzca un ápice la competitividad, los beneficios, el salario o los puestos de trabajo (y, de todos modos, suele ser sospechosa de poco fiable, poco contrastada o demasiado cara). Este tipo de conflictos entre fines y medios es característico de los problemas medioambientales y hace que los márgenes de actuación para hacer frente a dichos problemas sean con frecuencia estrechos.

En muchos casos, incluso si los obstáculos psicosociales y los conflictos culturales se muestran superables, la disposición a la acción puede verse bloqueada por relaciones sociales y estructuras institucionales hostiles o inadecuadas. La gente que declara que estaría dispuesta a usar menos el coche puede ser bastante sincera, pero puede verse en dificultades a causa de una organización social del tiempo y del espacio que convierte al vehículo privado en una condena de la que a veces es muy difícil escapar. Aunque se comprenda que los envases retornables son ecológicamente preferibles, poco puede hacerse cuando éstos han desaparecido de los comercios. Los sistemas de recogida selectiva de basura doméstica consiguen la participación de mucha gente, pero –a menudo- su diseño es hostil para los usuarios y su alcance práctico es casi irrelevante dado el actual volumen de generación de residuos. Los frenos institucionales son casi omnipresentes y tienen múltiples concreciones de detalle. Su forma más general es, probablemente, la mutua falta de confianza entre los políticos y la ciudadanía que es perceptible en muchas sociedades actuales. Esa falta de confianza es una dificultad añadida cuando se trata de aplicar políticas que –como es casi siempre el caso con las medidas de protección medioambiental- suponen un cambio real, criterios y valores nuevos. No me parece casual, por ejemplo, que las propuestas de Agenda 21 local insistan en que hace falta una *nueva* relación entre los vecinos y las autoridades.

Ni los ecobarómetros ni otros estudios de opinión pública han aportado mucho a la comprensión de la distancia entre las palabras y los hechos en materia medioambiental. Pero es claro que podrían hacerlo y que su diseño podría perfeccionarse en ese sentido.

Resumiré ahora lo que he mantenido hasta el momento en este artículo. En las tres últimas décadas, los estudios sobre opiniones y actitudes en materia de medio ambiente han aportado varias cosas. Han hecho patente la existencia de una preocupación ampliamente difundida (hubo un tiempo en que los responsables económicos y políticos podían alegar como excusa para su propia incuria que las cuestiones ecológicas no interesaban a casi nadie; las escapatorias de este tipo son hoy mucho más difíciles). Han puesto de manifiesto la transversalidad de esa preocupación (de forma tal que empresas, organizaciones sociales, partidos políticos y gobiernos han de tener una política de medio ambiente, pues nadie puede ya alegar que a sus bases sociales el tema les resulta ajeno). Han permitido disolver o matizar

algunos tópicos y prejuicios (por ejemplo, la creencia en que sólo las poblaciones de los países ricos tienen preocupaciones ecológicas, o la creencia en que existe una correlación entre el nivel de desarrollo económico y el nivel de conciencia medioambiental). Han aportado información valiosa sobre las causas o fuentes de la presencia de la cuestión ambiental en la cultura contemporánea. Me parece claro que la reiteración periódica y sistemática de este tipo de estudios (que es lo que los ecobarómetros hacen posible) permitirá depurar los resultados obtenidos en todas esas líneas diferentes, así como profundizar en las mismas.

Tareas pendientes: opinión pública y medio ambiente más allá del desarrollo

Para concluir, quisiera exponer una preocupación, relativa al contexto social en que se han de aplicar estas herramientas técnicas que son, a fin de cuentas, los sondeos de opinión sobre problemas de medio ambiente y sostenibilidad. Fueron diseñados y han venido refinándose a lo largo de tres décadas para explorar cuestiones que aparecían en una determinada perspectiva. La perspectiva, podríamos decir, ha sido la del desarrollo sostenible o la modernización ecológica. Es decir, han funcionado en una etapa en que podía creerse que las políticas de medio ambiente resolverían los problemas del medio ambiente sin poner en cuestión el desarrollo económico. De hecho, que podrían evitar que el deterioro del medio ambiente *acabase siendo un obstáculo para el desarrollo económico*. El contexto social, en una palabra, asumía que el crecimiento, tanto demográfico como económico, podía modularse para prolongarse en el tiempo y, a la vez, para mantener el uso de recursos y la emisión de contaminantes por debajo de la capacidad de carga del planeta.

Es muy posible que ese contexto social forme ya parte del pasado. Hace más de treinta años, el informe al Club de Roma sobre los límites al crecimiento (Meadows et al. 1972) advirtió que la expansión simultánea de la población, el capital, el uso de recursos, la generación de residuos y el deterioro de los ecosistemas, si no se controlaba y corregía a tiempo, llevaría a una situación de translimitación, de sobrepasamiento de los límites del planeta, y posteriormente a un colapso demográfico y económico. La reciente revisión y puesta al día del informe (Meadows et al. 2004) señala que los límites ya han sido traspasados, que se ha entrado ya en un estado de translimitación y que, en consecuencia, el colapso es ahora más probable (y más costoso y difícil de controlar, puesto que la eventual transición ordenada a la sostenibilidad exigiría ahora una fase prolongada de decrecimiento). La información que apunta en el mismo sentido está proliferando y es cada día más consistente y más diversa, desde los cálculos de huella ecológica -que indican que el uso anual de recursos renovables

supera en más de un veinte por ciento la capacidad natural de reposición- hasta el *Millennium Ecosystem Assessment*, que ha concluido que dos terceras partes de los servicios de la naturaleza están degradándose. Desde los múltiples anuncios acerca del inminente “pico del petróleo” hasta la difundida y melancólica convicción de que –en lo fundamental- la batalla para evitar una pérdida masiva de la biodiversidad en el planeta es ya una batalla perdida. En ese contexto, las propuestas realmente interesantes no apuntan ya a la sostenibilidad del desarrollo, sino a las modalidades más o menos benignas de la cuesta abajo, a las diversas variantes posibles del postdesarrollo (García 2004b).

Si quienes señalan que ya se han traspasado los límites al crecimiento tienen razón (y yo creo que la tienen), entonces los cuestionarios de encuesta y los diseños de investigación cualitativa que hemos venido utilizando, así como las categorías que nos han permitido interpretar los datos obtenidos, han de someterse a una profunda revisión. Porque la amplitud del consenso registrado tiene que ver con la idea –no menos ampliamente difundida- de que el medio ambiente puede protegerse sin poner en cuestión el incremento del consumo y del bienestar material, que sólo requiere, por así decir, *otro* modelo de crecimiento. Porque el conflicto en torno a la distribución social de los costes del decrecimiento tenderá a ser intenso, dando lugar a nuevas configuraciones de la transversalidad hasta ahora detectada, así como a líneas de división diferentes entre ganadores y perdedores. Porque las novedades culturales que descansan en la creencia de que el bienestar está garantizado pueden resultar muy frágiles cuando su fundamento se vea socavado y porque las tensiones sociales en torno a las aplicaciones de la ciencia y la tecnología van a ir previsiblemente en aumento. Porque los sistemas autocontradictorios de preferencias que permiten hoy gestionar relajadamente la separación entre las palabras y los hechos pueden derivar hacia configuraciones explosivas... Con los sistemas de referencia profundamente alterados, los instrumentos de captación de datos y las categorías de análisis van a necesitar un replanteamiento no menos profundo. A fin de cuentas, las dinámicas de la opinión pública son un componente más de los procesos de cambio social (y dependen en buena medida de las orientaciones fundamentales de éste último). A nuevas líneas del cambio social van a corresponder inevitablemente nuevas configuraciones de la opinión, y las tensiones inherentes a esa mutación comienzan ya a ser perceptibles. Este es, a mi juicio, el punto en que hoy nos encontramos. Y la incómoda tarea que tenemos por delante.

Referencias bibliográficas

AA.VV. (1999): *Els valors de La Punta: 18 arguments en defensa de l'horta*. Valencia, Universitat de València.

Bahro, R. (1984): *From Red to Green*. London, Verso.

Bullard, R.D. (1994): *Dumping in Dixie: Race, Class and Environmental Quality*. Boulder, Westview.

Dunlap, R.E. y A.G. Mertig (1996): "Global environmental concern: a challenge to the post-materialism thesis". Ester, P. y W. Schluchter (eds.): *Social Dimensions of Contemporary Environmental Issues: International Perspectives*. Tilburg, Tilburg University Press, pp. 133-165.

Dunlap, R.E.; Van Liere, K.D.; Mertig, A.G. y R.E. Jones (2000): "Measuring endorsement of the new ecological paradigm: a revised NEP scale". *Journal of Social Issues*, vol. 56, nº 3, pp. 425-442.

García, E. (2004a): *Medio ambiente y sociedad: La civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid, Alianza.

García, E. (2004b): "La promesa de un desarrollo sustentable y su incierto futuro". Ponencia presentada en el Foro de Discusión en Educación Superior y Desarrollo Sustentable, Universidad Tecnológica de León, León (Guanajuato), 9 de septiembre. (Publicado en CD-Rom).

García Ferrando, M. (1991): "Opinión pública y medio ambiente". *Sistema*, nº 104-105, pp. 175-189.

Gavaldà, M. (1999): *Las manchas del petróleo boliviano: Tras los pasos de REPSOL en el Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécuré*. Cochabamba, CEDIB.

Hannon, B. (1987): "The discounting of concern: a basis for the study of conflict". Pillet, G. y T. Murota (eds.): *Environmental Economics: The Analysis of a Major Interface*. Ginebra, R. Leimgruber, pp. 227-243.

Inglehart, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid, C.I.S.

Inglehart, R. (1995): "Public support for environmental protection: objective problems and subjective values in 43 societies". *Political Science and Politics*, vol. 28, pp. 57-71.

Martínez Alier, J. (1994): *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona, Icaria.

Meadows, D.H.; Meadows, D.L.; Randers, J. y W.W. Behrens (1972): *Los límites del crecimiento: Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México, Fondo de Cultura Económica.

Meadows, D.; Randers, J. y D. Meadows (2004): *Limits to Growth: The 30-Year Update*. White River Junction, Chelsea Green.

O'Riordan, T. (1976): *Environmentalism*. London, Pion.

Stern, P.C. (2000): "Toward a coherent theory of environmentally significant behavior". *Journal of Social Issues*, vol. 56, n° 3, pp. 407-424.

Stern, P.C. (2004): "Understanding global change: what psychology can contribute". *IHDP Update - Newsletter of the International Human Dimensions Programme on Global Environmental Change*, issue 04/2004, pp. 4-5.

Stern, P.C.; Abel, T.; Guagnano, G.A. y L. Kalof (1999): "A value-belief-norm theory of support for social movements: the case of environmentalism". *Human Ecology Review*, vol. 6, n° 2, pp. 81-97.